



Preguntas que tienen respuesta

[67] ¿Qué es el pecado?

En el fondo el pecado es el rechazo de Dios y la negativa a aceptar su amor. Esto se muestra en el desprecio de sus mandamientos.

El pecado es más que un comportamiento incorrecto; tampoco es una debilidad psicológica. En lo más hondo de su ser, todo rechazo o destrucción de algo bueno es el rechazo del Bien por excelencia, el rechazo de Dios. En su dimensión más honda y terrible, el pecado es la separación de Dios y con ello la separación de la fuente de la vida. Por eso también la muerte es la consecuencia del pecado.

Solamente en Jesús comprendemos la inconmensurable dimensión del pecado: Jesús lo vivió en su propio cuerpo. Tomó sobre sí la violencia mortal del pecado, para que no nos toque a nosotros. Para ello tenemos la palabra Redención.

[69] ¿Estamos obligados a pecar por el pecado original?

No. Pero el hombre está profundamente herido por el pecado original y tiende a pecar. Sin embargo, con la ayuda de Dios, es capaz de hacer el bien.

No deberíamos pecar en ningún caso. Pero, de hecho, pecamos una y otra vez, porque somos débiles, ignorantes y caemos en la tentación. Por lo demás, un pecado a la fuerza no sería tal pecado, porque el pecado implica siempre la decisión libre.

[70] ¿Cómo nos saca Dios del remolino del pecado?

Dios no se limita a contemplar cómo el hombre se destruye cada vez más a sí mismo y a la creación a través de la reacción en cadena del pecado. Nos envía a Jesucristo, el Salvador y Redentor, que nos arranca del poder del pecado.

«Nadie me puede ayudar»: esta formulación de la experiencia humana ya no es válida. Llegue a donde llegue el hombre a través de sus pecados, hasta allí ha enviado Dios Padre a su Hijo. La consecuencia del pecado es la muerte (Rom 6,23). Pero también lo es la maravillosa solidaridad de Dios, que nos envía a Jesús como amigo y salvador. Por eso al pecado original se le llama también *felix culpa*: «Oh feliz culpa que mereció tal redentor» (Liturgia de la Vigilia Pascual).

Para vivir bien la Cuaresma

● AYUNO

El ayuno consiste en hacer una sola comida fuerte al día, y la abstinencia en no comer carne. Todos los viernes de Cuaresma debe guardarse la abstinencia. Ayuno y abstinencia se guardan Miércoles de Ceniza y Viernes Santo.

● LIMOSNA

Nos ayuda a vencer el egoísmo, desde la sencillez y la propia pobreza, atendiendo las necesidades de los más pobres. No solo podemos ofrecer dinero: otra forma de limosna es donar nuestro tiempo o nuestro servicio.

● ORACIÓN

Especialmente en el silencio y en la oración podremos descubrir lo que Dios quiere con nosotros. La cuaresma es un tiempo propicio para incrementar nuestra vida de oración, participar de la Eucaristía o leer el Evangelio.

● CONFESIÓN

La Cuaresma es una llamada a la conversión, y la Iglesia nos recuerda la importancia y la necesidad de acudir a la Confesión. La parroquia, dispone de horarios para acercarse a este sacramento.

● VIA CRUCIS

El Vía Crucis es una de las devociones que más han ayudado a los cristianos en Cuaresma. En nuestra parroquia lo celebramos todos los viernes de Cuaresma tras la misa de la tarde.

● SAN JOSÉ

Estamos celebrando un año dedicado a San José con el que recordamos su patronazgo sobre la Iglesia. En la parroquia celebramos en las misas dominicales la devoción de los Siete Domingos

Iglesia que Peregrina en Buenavista

Publicación de la Parroquia Santa Teresa de Jesús
número 27 ■ año IV ■ febrero de 2021



CONVERSIÓN CAMBIO DE MENTALIDAD

Cuaresma: abre tu vida hacia la Pascua

La vida actual, en ocasiones, se asemeja mucho a lo que se narra del pueblo de Israel en su camino por el desierto. Entonces y ahora, manifestamos con mucha facilidad la queja y el desánimo ante las adversidades

La Cuaresma se nos ofrece como un tiempo para renovar, cambiar, recapacitar, restaurar cuanto está dañado, especialmente, en el interior, en el corazón. Al empezar la Cuaresma en este tiempo de pandemia y de extraordinarias dificultades comprendamos que estamos ante una gran oportunidad para encontrarnos con Dios, que nos ofrece su gracia y la ayuda necesaria para nuestra conversión.

Salir de nosotros

Durante este tiempo cuaresmal, pidamos al Señor, vivir estos cuarenta días en la escucha atenta de su palabra *ojalá escuchéis hoy la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón*, expresa el salmo 94. Escuchar la enseñanza de Dios posibilita la actitud de hacerle caso, lo contrario a esto es la desobediencia y la realidad del pecado. Aquí está el peor de los contextos en que puede desarrollarse la vida: en el egoísmo y lejos de Dios.

La Cuaresma se presenta como un camino para salir de nosotros mismos, de nuestros egoísmos, para crecer en libertad, en capa-

vuestro Padre es perfecto”. En la consideración de esta triple relación hemos de descubrir con humildad los aspectos de nuestras vidas que requieren un cambio.

Cambiar de mentalidad

La conversión cuaresmal exige, desde la conciencia de que todos somos pecadores, un cambio de mentalidad. ¿Tengo algún motivo para creer que Dios no me puede cambiar? La conversión parte de la fe en Dios, Él sí puede cambiarnos. Estamos llamados a ser mejores y, por ello, hemos de poner de nuestra parte nuevas actitudes.

En el plan de Dios está el darnos un corazón nuevo; en la medida que aceptemos este plan Él, respetando nuestra libertad, llevará a cabo su obra en nosotros. Ya no tendremos un corazón de piedra sino un corazón de carne, ya no seremos de dura cerviz sino dóciles al Señor. Abre tu vida hacia la Pascua.



MENSAJE DEL PAPA CUARESMA 2021

Cuaresma: un tiempo para renovar la fe, la esperanza y la caridad

Queridos hermanos y hermanas: Cuando Jesús anuncia a sus discípulos su pasión, muerte y resurrección, para cumplir con la voluntad del Padre, les revela el sentido profundo de su misión y los exhorta a asociarse a ella, para la salvación del mundo.

Recorriendo el camino cuaresmal, que nos conducirá a las celebraciones pascuales, recordemos a Aquel que «se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (*Filipenses 2,8*). En este tiempo renovemos nuestra fe, saciemos nuestra sed con el “agua viva” de la esperanza y recibamos con el corazón abierto el amor de Dios que nos convierte en hermanos y hermanas en Cristo.

En la noche de Pascua renovaremos las promesas de nuestro Bautismo, para renacer como hombres y mujeres nuevos, gracias a la obra del Espíritu Santo. Sin embargo, el itinerario de la Cuaresma, al igual que todo el camino cristiano, ya está bajo la luz de la Resurrección, que anima los sentimientos, las actitudes y las decisiones de quien desea seguir a Cristo.

El ayuno, la oración y la limosna, tal como los presenta Jesús en su predicación (*Mateo 6,1-18*), son las condiciones y la expresión de nuestra conversión. La vía de la pobreza y de la privación (el ayuno), la mirada y los gestos de amor hacia el hombre herido (la limosna) y el diálogo filial con el Padre (la oración) nos permiten encarnar una fe sincera, una esperanza viva y una caridad operante.

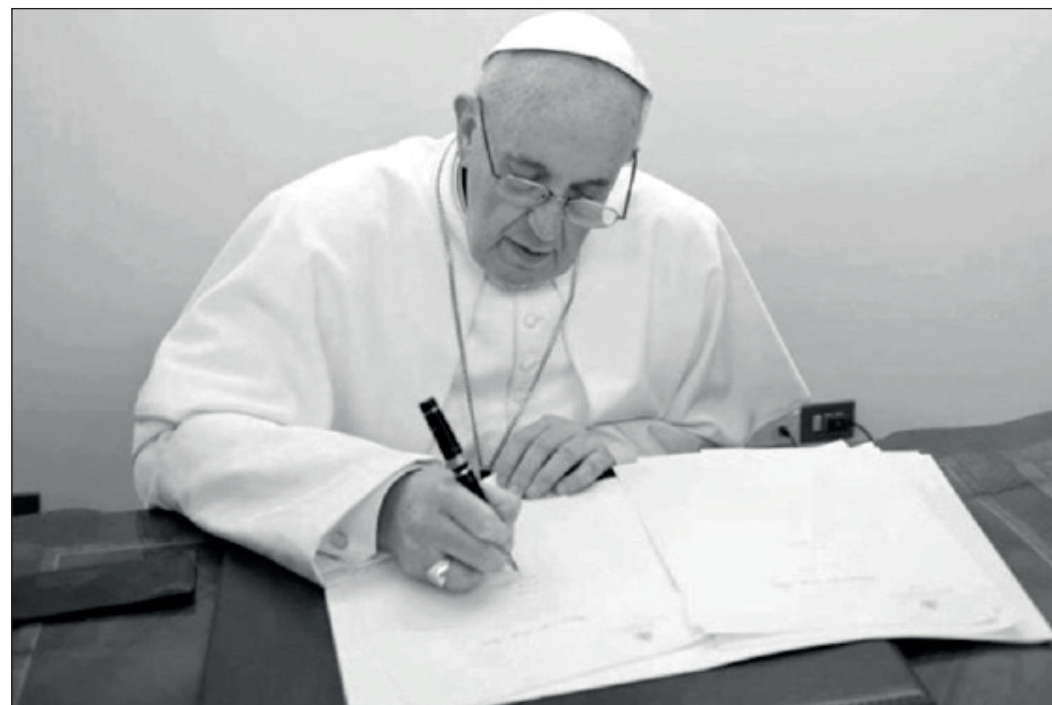
La fe nos llama a acoger la Verdad y a ser testigos

En este tiempo de Cuaresma, acoger y vivir la Verdad que se manifestó en Cristo significa ante todo dejarse alcanzar por la Palabra de Dios, que la Iglesia nos transmite de generación en generación.

Esta Verdad no es una construcción del intelecto, destinada a pocas mentes elegidas, superiores o ilustres, sino que es un mensaje que recibimos y podemos comprender gracias a la inteligencia del corazón, abierto a la grandeza de Dios que nos ama antes de que nosotros mismos seamos conscientes de ello. Esta Verdad es Cristo mismo que, asumiendo plenamente nuestra humanidad, se hizo Camino -exigente pero abierto a todos- que lleva a la plenitud de la Vida.

El ayuno vivido como experiencia de privación, para quienes lo viven con sencillez de corazón lleva a descubrir de nuevo el don de Dios y a comprender nuestra realidad de criaturas que, a su imagen y semejanza, encuentran en Él su cumplimiento. Haciendo la experiencia de una pobreza aceptada, quien ayuna se hace pobre con los pobres y “acumula” la riqueza del amor recibido y compartido. Así entendido y puesto en práctica, el ayuno contribuye a amar a Dios y al prójimo en cuanto, como nos enseña santo Tomás de Aquino, el amor es un movimiento que centra la atención en el otro considerándolo como uno consigo mismo (*Fratelli tutti*, 93).

La Cuaresma es un tiempo para



creer, es decir, para recibir a Dios en nuestra vida y permitirle “poner su morada” en nosotros (*Juan 14,23*). Ayunar significa liberar nuestra existencia de todo lo que estorba, incluso de la saturación de informaciones –verdaderas o falsas– y productos de consumo, para abrir las puertas de nuestro corazón a Aquel que viene a nosotros pobre de todo, pero «lleno de gracia y de verdad» (*Juan 1,14*): el Hijo de Dios Salvador.

La esperanza nos permite continuar nuestro camino

La samaritana, a quien Jesús pide que le dé de beber junto al pozo, no comprende cuando Él le dice que podría ofrecerle un «agua viva» (*Juan 4,10*). Al principio, naturalmente, ella piensa en el agua material, mientras que Jesús se refiere al Espíritu Santo, aquel que Él dará en abundancia en el Misterio pascual y que infunde en nosotros la esperanza que no defrauda.

Al anunciar su pasión y muerte Jesús ya anuncia la esperanza, cuando dice: «Y al tercer día resucitará» (*Mateo 20,19*). Jesús nos habla del futuro que la misericordia del Padre ha abierto de par en

par. Esperar con Él y gracias a Él quiere decir creer que la historia no termina con nuestros errores, nuestras violencias e injusticias, ni con el pecado que crucifica al Amor. Significa saciarnos del perdón del Padre en su Corazón abierto.

En el actual contexto en el que vivimos y en el que todo parece frágil e incierto, hablar de esperanza podría parecer una provocación. El tiempo de Cuaresma está hecho para esperar, para volver a dirigir la mirada a la paciencia de Dios, que sigue cuidando de su Creación, mientras que nosotros a menudo la maltratamos (*Laudato si*, 32-33; 43-44).

Es esperanza en la reconciliación, a la que san Pablo nos exhorta con pasión: «Os pedimos que os reconciliéis con Dios» (*2 Corintios 5,20*). Al recibir el perdón, en el Sacramento que está en el corazón de nuestro proceso de conversión, también nosotros nos convertimos en difusores del perdón: al haberlo acogido nosotros, podemos ofrecerlo, siendo capaces de vivir un diálogo atento y adoptando un comportamiento que conforte a quien se encuentra herido. El perdón de Dios, también mediante nuestras

palabras y gestos, permite vivir una Pascua de fraternidad.

En el recogimiento y el silencio de la oración, se nos da la esperanza como inspiración y luz interior, que ilumina los desafíos y las decisiones de nuestra misión: por esto es fundamental recogerse en oración (*Mateo 6,6*) y encontrar, en la intimidad, al Padre de la ternura.

Vivir una Cuaresma con esperanza significa sentir que, en Jesucristo, somos testigos del tiempo nuevo, en el que Dios “hace nuevas todas las cosas” (*Apocalipsis 21,1-6*). Significa recibir la esperanza de Cristo que entrega su vida en la cruz y que Dios resucita al tercer día, “dispuestos siempre para dar explicación a todo el que nos pida una razón de nuestra esperanza” (*1 Pedro 3,15*).

La caridad es expresión de nuestra fe y esperanza

La caridad se alegra de ver que el otro crece. Por este motivo, sufre cuando el otro está angustiado: solo, enfermo, sin hogar, despreciado, en situación de necesidad... La caridad es el impulso del corazón que nos hace salir de nosotros mismos y que suscita el vínculo de la cooperación y de la comunión.

«A partir del “amor social” es posible avanzar hacia una civilización del amor a la que todos podamos sentirnos convocados. La caridad, con su dinamismo universal, puede construir un mundo nuevo, porque no es un sentimiento estéril, sino la mejor manera de lograr caminos eficaces de desarrollo para todos» (*Fratelli tutti*, 183).

La caridad es don que da sentido a nuestra vida y gracias a este consideramos a quien se ve privado de lo necesario como un miembro de nuestra familia, amigo, hermano. Lo poco que tenemos, si lo compartimos con amor,

no se acaba nunca, sino que se transforma en una reserva de vida y de felicidad. Así sucedió con la harina y el aceite de la viuda de Sarepta, que dio el pan al profeta Elías (*1 Reyes 17,7-16*); y con los panes que Jesús bendijo, partió y dio a los discípulos para que los distribuyeran entre la gente (*Marcos 6,30-44*). Así sucede con nuestra limosna, ya sea grande o pequeña, si la damos con gozo y sencillez.

Vivir una Cuaresma de caridad quiere decir cuidar a quienes se encuentran en condiciones de sufrimiento, abandono o angustia a causa de la pandemia de COVID. En un contexto tan incierto sobre el futuro, ofrezcamos con nuestra caridad una palabra de confianza, para que el otro sienta que Dios lo ama como a un hijo.

«Sólo con una mirada cuyo horizonte esté transformado por la caridad, que le lleva a percibir la dignidad del otro, los pobres son descubiertos y valorados en su inmensa dignidad, respetados en su estilo propio y en su cultura y, por lo tanto, verdaderamente integrados en la sociedad» (*Fratelli tutti*, 187).

Queridos hermanos y hermanas: Cada etapa de la vida es un tiempo para creer, esperar y amar. Este llamado a vivir la Cuaresma como camino de conversión y oración, y para compartir nuestros bienes, nos ayuda a reconsiderar, la fe que viene de Cristo vivo, la esperanza animada por el soplo del Espíritu y el amor, cuya fuente inagotable es el corazón misericordioso del Padre.

Que María, Madre del Salvador, fiel al pie de la cruz y en el corazón de la Iglesia, nos sostenga con su presencia solícita, y la bendición de Cristo resucitado nos acompañe en el camino hacia la luz pascual.

Franciscus